

**Cristo vencedor del pecado, de la muerte y del demonio, y creador de una nueva vida en libertad, santidad y justicia.**

1. La teología occidental, sobre todo la del mundo germánico, desde San Anselmo de Canterbury, ha interpretado la muerte de Cristo en la cruz como satisfacción, como restablecimiento del honor de Dios ultrajado por el pecado, como expiación de la ofensa hecha a El; la teología griega, en cambio, la entendió más bien como victoria de Cristo sobre Satanás, como restablecimiento del ser trastornado por el pecado, como curación del desorden que el mismo pecado ocasionó. Ambas interpretaciones están de acuerdo con la Escritura. Y sólo conjugando las dos se explica plenamente lo que la Revelación nos dice sobre la muerte de Cristo. Es posible que para los teólogos de Occidente resulte demasiado simbólico la doctrina de los Padres griegos sobre la Redención y hasta un poco confusa; sin embargo, está dominada por ideas muy concretas y precisas; se apoya sobre todo en la misma Escritura, especialmente en San Pablo. A los teólogos griegos, por su parte, les

parece excesivamente jurídica la doctrina de los teólogos occidentales sobre la Redención, y, sin embargo, también está fundamentada en la Escritura.

### *Instauración de la dominación de Dios.*

2. Expondremos en primer lugar la doctrina bíblica acerca de la victoria de Cristo sobre el pecado, la muerte y el demonio, tema más desarrollado por los Padres griegos que por los teólogos latinos. Esto es el aspecto negativo, por decirlo así, del restablecimiento del reino de Dios, tema que debe ser también incluido en la exposición.

El sentido capital y primordial de la obra de Cristo es el restablecimiento del reino de Dios, que ya fué la promesa principal del AT que esperaba ver cumplida el pueblo elegido. La predicación penitencial del Bautista avivó hasta el máximo esa esperanza. Juan ve cerca ya la hora del juicio y de la gracia; ve llegar al enviado de Dios, superior a todos los anteriores, que restablecerá el reino de Dios con la intensidad que sea posible para la duración de esta forma del mundo o eón. El reino de Dios logrará una fuerza que jamás ha tenido hasta entonces; esa fuerza y virtud está prefigurada y anunciada en todas las formas precedentes y ella misma no es el fin, sino una prefiguración del reino que ha de instaurarse más allá de la historia de la humanidad (*Mt. 3, 2-12*). El reino de Dios irrumpirá como juicio y justicia sobre el orgullo humano; sólo se librarán de su horror los que se vuelvan al Señor arrepentidos y convertidos. No bastará el parentesco de Abraham para pertenecer a ese reino que es inminente; está fundado en el Espíritu Santo y no en la sangre (*Mt. 3, 12; Mc. 1, 8; Lc. 3, 10-11*). Su cumplidor está ya entre nosotros, pero desconocido y oculto. Como enviado de Dios cumplirá la justicia y concederá la entrada en el reino salvador de Dios (*Mt. 1, 26*). Por fin, comienza el reino de Dios tanto tiempo esperado y profetizado.

Las esperanzas que el Bautista avivó en sus oyentes fueron muy variadas; algunos esperaban un Mesías de la casa de David que liberara al pueblo de los dominadores extranjeros y de la tentación de pecar, que inaugurara una época en la que se sirviera a Dios en justicia y santidad (*Lc. 1, 69*). El reino de Dios se interpretó en primer lugar como obediente sumisión del hombre a Dios, pero también tenía importancia la libertad política. Este reino de

Dios es ya en cierta forma actual y está presente, pues siempre hay hombres que se someten a la voluntad de Dios. Pero el Mesías hará que toda la tierra obedezca a Dios, para que la santidad y justicia llenen el mundo. Entonces se revelará el reino de Dios. Bajo la secular presión política, poco a poco pasaron a primer plano en la esperanza del reino de Dios los *motivos políticos*. Jamás se olvidó del todo el aspecto religioso y moral, pero pasó a segundo término. El "día de Yahvé", en el que debía instaurarse el reino de Dios, se fué convirtiendo en la esperanza de las masas y de sus caudillos en un día de venganza, en el que los enemigos serían exterminados. Dios sería el vengador sin ayuda humana alguna. Esta esperanza tenía carácter nacional y temporal. Nacería de nuevo el esplendor del reinado de David. Eran esperanzas que se limitaban a desear poder y grandeza terrenos; eran esperanzas mundanas. De ellas estaban llenos incluso los discípulos de Jesús; se liberaron de ellas poco a poco hasta llegar a la esperanza de un reino que no es de este mundo. En las discusiones de Jesús con los dirigentes judíos tienen especial importancia estas esperanzas terrenas de los judíos. Cuando Cristo predicó un reino que no era de este mundo, siempre se le opusieron con violencia; creían que el pueblo era defraudado en lo más importante.

La situación desolada del mundo ocasionó también otra escatología al final del judaísmo con caracteres de *trascendentalidad* y *universalidad*. Su mirada se dirigía a un mundo futuro más allá del actual: en este mundo reina Satanás; no obstante, llegará otro eón, en el que sólo Dios reinará y serán aniquiladas todas las fuerzas antidivinas. Esta concepción no llegó a la gran masa del pueblo. Todas estas escatologías, muy distintas y variadas, creyeron poder fundamentarse en el AT.

3. Cristo fué por misión de Dios *el realizador de la promesa viejotestamentaria del reino*. En El se reveló que las profecías sobre el reino de Dios significaban algo muy distinto de lo que entendía la esperanza humana, que estas profecías tenían incluso un sentido contrario a la esperanza terrena (Lc. 7, 22-23; 10, 9). En Cristo se reveló el auténtico sentido de tales profecías. Después de las ardientes esperanzas con que fué recibido al principio la nueva de la llegada de Cristo, sus seguidores fueron disminuyendo hasta que los jefes del pueblo se hicieron enemigos declarados y decretaron su muerte. Llegaron a la convicción de que por el bien del pueblo era necesario que Cristo muriera, para evitar que fueran des-

valorizadas y socavadas las esperanzas de un reino nacional (*Io* 11, 49; *Lc.* 10, 9).

Con Cristo llegó el reino de Dios. El es el Hijo del Hombre a quien fueron dados el poder, el honor y la gloria, como dice el profeta Daniel (7, 13-14; *Mt.* 24, 30; 25, 31-34; 10, 23; 16, 27; *Lc.* 17, 26). El es quien trae el reino de Dios a este mundo; no sólo lo anuncia, sino que ante todo es su manifestación; con El ha venido y el que tenga ojos para ver, puede verlo; El es el prometido Hijo de David (*Is.* 9, 11; *Mich.* 5, 1-2; *Ier.* 23, 5-6; *Ez.* 17, 22-23; 34, 23; 32, 24-25), está sentado en el trono de su padre David (*Mt.* 21, 9; *Mc.* 12, 37; *Lc.* 1, 32; *Rom.* 9, 5; *Apoc.* 5, 5; *Act.* 2, 30; 12, 23; *Rom.* 1, 3). Reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su reino no tendrá fin (*Lc.* 1, 32). Con regia dignidad exige cuando envía por el borriquillo a su entrada triunfal en Jerusalén y se justifica con estas palabras: "el Señor lo necesita" (*Mc.* 11, 3); pero no quiere ser rey del modo que desean las masas, que esperan de El bienestar terreno y gloria mundana (*Io.* 6, 14-15); por eso no disputa el dominio a ningún rey terreno (*Mt.* 2, 1-3 y el Himno de Vísperas de la fiesta Epifanía); y, no obstante, contesta majestuosamente cuando, antes de morir, se le pregunta si es rey. El es rey, pero de distinto modo del que Pilatos imaginaba al no pensar más que en los poderes de este mundo (*Io.* 18, 33-40). También los discípulos tienen la impresión de que Cristo es rey, sin entender del todo la especie de su reinado; no quieren enterrar del todo la esperanza de que con El resurgirá el poder y la gloria del antiguo reino (*Act.* 1, 6) y de que ellos tendrán un papel importante en el nuevo reino (*Mc.* 9, 32-34, 10, 37-45). En el reinado de Cristo no se cumple la promesa del salmo 110 [109] (*Mc.* 12, 35; *Act.* 2, 30).

El reinado de Dios manifestado en Cristo y cuyo realizador es el mismo Cristo, no es una *dominación política* ni se funda en poderes terrenos; más bien es la revelación e implantación de la gloria y santidad, del amor y verdad de Dios. El poder de Dios es el del amor, el de la santidad y verdad, cuyo dominio se establecerá al realizarse en el mundo cuando los hombres se incorporen al amor, santidad y verdad de Dios. La instauración del reino de Dios significa, por tanto, la salvación de los hombres; la santificación les trae la salud. Y viceversa: el pecado es lejanía de Dios y de la vida, fuente de toda desgracia; su consecuencia es el dolor y la muerte; tras el pecado y la muerte está la fuerza del diablo, portador del odio y mentira; por él vino el pecado al mundo, y no hay

pecado en el que él no tenga parte (cfr. § 124). Cristo vino al mundo para vencer al pecado (*I Io.* 3, 5) y mover a los pecadores a la conversión hacia Dios (*I Io.* 3, 8) y deshacer su poderío. La victoria de Cristo significa liberación, salvación, redención de la esclavitud de estos opresores; para esa obra salvadora fué enviado al mundo por el Padre; tiene que buscar y salvar lo que está perdido (*Lc.* 19, 10). En adelante nadie tiene que caer ya en la desdicha de la culpa, de la desesperación, de la angustia y de la muerte. No vino sólo como cumplidor de la justicia divina, sino como enviado y garante de la misericordia de Dios. Al despedirse de Nicodemo cuando se le acerca de noche, le dice esta alegre nueva: "Porque tanto amó Dios al mundo, que le dió su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El" (*Io.* 3, 16-17; 12, 47).

4. Toda la vida de Cristo estuvo al servicio de la instauración del reino de Dios y dedicada a someter al demonio. Su vida se convirtió así en lucha contra las fuerzas personales del mal, contra la maldad, contra aquel que por sí mismo quiere lo contrario de Dios y que con todas sus fuerzas odia lo bueno; contra aquel cuyo pensamiento y sentir es sólo odio y no tiene parte alguna en el amor. Realizó el reinado de Dios con sus palabras y obras, con su palabra eficaz y con signos llenos de sentido.

I. Primero ocurrió esa implantación del reino de Dios en *algunos hombres determinados*:

a) *El perdón de los pecados* es un medio para la implantación del reino de Dios. Cristo despierta la conciencia del pecado porque no desconoce su realidad; lo entiende tal cual es: como enemistad con Dios; como irrupción demoníaca del odio contra Dios; acepta a los hombres como son: como pecadores. Pero carga con el pecado y con la culpa. Cuando dice "tus pecados te son perdonados" (*Mc.* 2,5), renace el hombre desde sus raíces; no sólo se perdonan los pecados, sino que ya no existen más. Aunque no sea posible hacer desaparecer su realidad histórica, se suprime su culpabilidad. Cristo trata con los pecadores y come en su misma mesa. Se hace amigo de publicanos y pecadores. (*Mc.* 2, 15-16; *Lc.* 5, 30; *Mt.* 9, 10; 11, 19; *Lc.* 7, 34; 5, 8). Les incorpora así El, mediador

entre Dios y los hombres, a la comunidad en que está con el Padre (Ls. 19, 1-2; Io. 15, 10). Con Cristo se inaugura el tiempo que Jeremías profetiza (31, 31-34); un nuevo tiempo en el que nadie dirá a su prójimo: "Conoce al Señor", porque todos le conocerán. Será su Dios y ellos serán su pueblo, pues perdonará toda culpa y olvidará todo pecado.

b) La llegada de un tiempo nuevo se hace del todo evidente en la *expulsión de demonios y resurrección de muertos*. Ya toca a su fin el poder del demonio y de la muerte; los demonios se dan cuenta de ello; se enfurecen y gritan cuando Cristo se acerca a ellos. Pero también el príncipe de este mundo debe obedecer al Hijo de Dios, al Señor Sabaoth.

En las resurrecciones de muertos hay también destrucción del poder del demonio. El diablo trajo la muerte al hombre al inducirle a pecar. La expulsión de demonios y resurrección de muertos son prueba de que Cristo es Hijo de Dios, pero son además signos de salvación; en ellos brilla ya el tiempo nuevo. Son como el relampagueo del eón, que se caracterizará por el dominio de Dios y la salvación de los hombres en él. El tiempo viejo se pone ya y amanece el nuevo: la muerte no dominará ya más, sino la vida; no el odio, sino el amor; no la mentira, sino la verdad; no el pecado, sino la santidad; no el diablo, sino Dios. Cristo venció a la Muerte y al demonio porque era la vida y santidad por sí mismo, porque en El no había pecado y, por tanto, tampoco muerte.

Romano Guardini describe de la siguiente manera la resurrección de Lázaro: "Pero cuando Jesús oye su queja y las de la gente que le acompaña, se estremece, piensa en la potencia de la muerte, en la desaparición del amigo, en el dolor de sus allegados, en su propia muerte inminente... Parece que la muerte se haya presentado personalmente, y el Maestro empieza su lucha contra ella. Pregunta: "¿Dónde le habéis puesto?" Ellos le conducen hacia fuera. "Se estremece" de nuevo y, al llegar a la tumba, estalla en sollozos que no son fruto de una pena impotente o de mera tristeza, sino una vivencia profundísima: la de la muerte, terrible destino del mundo y potencia contra la cual ha sido enviado. Ordena que quiten la piedra. María recuerda que hace ya cuatro días que murió su hermano, y Jesús le dice: "¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?" Ella cree, pero no comprende. Jesús está solo en lo que El es, el único ser vivo, por su ser mismo, entre los hombres destinados a la muerte. He aquí por qué El es el único

que sabe realmente lo que significa la muerte. Ha recibido el encargo de dominar esta potencia sombría. Pero nadie le ayuda ni siquiera con la comprensión.

Se dirige a su Padre, glorificándole por el suceso inaudito que va a tener lugar, y luego grita con voz potente: "Lázaro, sal fuera." "Con voz potente", ¿por qué? En Naim fué muy fácil. Una palabra suave había sido suficiente, al lado del lecho de la niña. ¿Por qué aquí esta voz poderosa y este gesto tan avasallador? Recordemos otro momento. También clamó "con voz potente". ¿Clamó? Fué después de su última palabra pronunciada en la cruz antes de morir (Lc. 13, 46). Estos dos gritos surgen del mismo corazón, están inspirados en la misma misión y constituyen un acto único e idéntico. No hay aquí solamente el milagro de la resurrección. Bajo las apariencias, en las profundidades del espíritu, se desarrolla una lucha. Ya hemos mencionado esta lucha llevada a cabo en los abismos inaccesibles, cuando hablábamos del enemigo. Jesucristo domina la muerte, subyugando a aquel que reina en la muerte, a Satanás. El enemigo de la Redención es éste y está aquí. Es a él a quien ataca Jesús.

Y no le subyuga por efecto de la magia o por la "fuerza del espíritu", sino por ser El quien es, es decir, intacto hasta en su propia raíz, esencialmente vivo; más todavía: es la vida misma, arraigada en el amor del Padre. He aquí el poder de Jesús. Su "grito" es la puesta en práctica de esta vida, que actúa así, gracias a un impulso irresistible de amor" (R. Guardini, *El Señor*, vol. 1, 1954, 235-36).

c) También la *curación de enfermos* es signo de la nueva situación del mundo. La enfermedad tiene estrecha relación con el pecado; el hombre es víctima de enfermedades a causa del primer pecado, según la Escritura.

II. Lo que ocurrió a determinados hombres al serles perdonados los pecados o ser curados y resucitados, anunciaba una nueva era que *se hizo realidad para todos en la Cruz*.

a) Así lo enseña la Escritura; Cristo fué levantado para salvar a todos (Io. 3, 15). Como dicen los Padres griegos y San Agustín, no quiso vencer a la muerte, al pecado y al demonio por la fuerza, sino por el amor y la justicia. Cristo, que estaba libre del poder del demonio, aceptó sobre sí el destino de los que estaban sometidos a él; no tenía pecado y vivió la vida dolorosa y mortal

de los pecadores. Bajó hasta el fondo del destino del hombre, condenado a morir por el pecado; le rescató en dura lucha para transformarle. Se abrió paso entre todos los horrores del hombre para librar a la Humanidad del horror.

Todo ocurrió por misión del Padre, cuya voluntad aceptó con plena libertad. Dios puso la mano sobre su vida y estuvo totalmente bajo la ley de la voluntad divina. El único sentido de su vida fué cumplir la voluntad del Padre. El camino señalado por Dios estaba lleno de dolor desde el principio (*Lc. 22, 37*); el Hijo del Hombre murió a la hora decretada por el Padre, tal como dice la Escritura (*Mc. 14, 21. 41; Io. 11, 8-9; Lc. 18, 31*).

En la muerte de Cristo el Padre dispuso de su vida con tal plenitud y fuerza, que fué una revelación de su santidad y justicia y, a la vez de su amor y fidelidad, de su poder único. Sobre Cristo cayó la santa justicia del Padre y su justa santidad de tal forma, que no podía seguir existiendo: tenía que perecer bajo el poder de Dios. Si Dios permitiera la acción de su poder y no contuviera su santidad y justicia, el injusto perecería. Cristo cargó con los pecados de todos y se presentó al Padre; por eso se reveló en El la omnipotencia de Dios, ante quien la vida humana, en su forma actual de ser, no tiene importancia alguna. Cristo se sometió a la voluntad de Dios de modo tan radical, que apuró la posibilidad más extrema de la criatura, aceptando así sobre su vida el dominio de Dios. Con su muerte puso fin a todo orgullo y deseo de disponibilidad. El realizador del reino de Dios en este mundo se convirtió así en siervo de Dios (*Is. 53*), afeado y desfigurado, inválido para ayudarse a sí mismo, El, que había ayudado a los demás (*Mt. 11, 2-6*). Tuvo la misma suerte que todos los enviados de Dios (*Mc. 9, 13-14; Mt. 12, 1; 18, 34; Lc. 13, 33*); para ellos siempre estuvo la muerte preparada. Pero justamente en su ruina se hizo la revelación del reino de Dios más viva y evidente; en la muerte de Cristo no sólo se reveló el reino de Dios, sino que se realizó, porque en el momento de morir Cristo el Padre actuó como Señor de la criatura, hasta la última posibilidad por parte de ella; actuó como Señor que tiene poder sobre todo lo creado, ya que la criatura a su vez se sometió todo lo posible a la acción de Dios. El Padre, "a quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros, para que en El fuéramos justicia de Dios" (*II Cor. 5, 21*). El Padre le dejó morir en la Cruz tal como muere un pecador; de San Pablo son aquellas palabras que nos horrorizan. Cristo se hizo maldición (un maldito) por nosotros (*Gal. 3, 13*). La Cruz tie-



ne el horror de la maldición que padece la humanidad por su pecado. Dios envió a su Hijo al castigo merecido por el hombre a causa de su pecado (*Rom. 8, 3*). Cristo al morir se sometió a la ley de la severa justicia de Dios, que a la vez es ley de amor; gustó en todo su horror la maldición decretada por Dios contra la humanidad a causa del primer pecado (*Gen. 3, 16*). Dios cumple el castigo (*Gen. 3, 3*) incluso en su Hijo encarnado. En la ley de la recompensa reveló Dios de manera inolvidable la esencial e interna diferencia entre el bien y el mal a fin de que el hombre se viera libre ya para siempre de la perdición de la maldad. El amor de Dios, al influir sobre los hombres, les empuja al dolor y a la muerte. Amor y justicia se compenetran, se condicionan y fundamentan mutuamente con fuerza creadora. Cristo murió probando así la ley de la justicia y amor de Dios. Justamente entregándose a la maldición del pecado lo destruyó. Cumpliendo la ley de la justicia divina, quebrantó el poder del pecado y de la muerte; o mejor: Dios, que exigía el cumplimiento total de la justicia, desarmó a los opresores y fuerzas que hasta entonces tenían esclavizado al hombre, al cumplirse la ley de la justicia que El había dado.

La Cruz se convirtió así de signo de maldición e ignominia en señal de victoria y triunfo (Concilio Tridentino, Sesión XXII, capítulo 1, D. 938). La muerte de Cristo se parece a una procesión triunfal en la que las fuerzas antiguas caminan desarmadas y como vencidas ensalzando al vencedor. Los que antes fueron poderosos se han convertido en burla. El acta de sus derechos señoriales está clavada en la Cruz, rota, abandonada y borrada (*Col. 2, 14*). En torno a la Cruz se oye el eco del canto de victoria: eso quería decir Jesús al anunciar, junto con sus dolores, la gloria de la Resurrección. La hora de la humillación se convierte en hora de gloria; por la muerte y la ruina nos lleva a la vida y plenitud. Por eso Cristo no pide a su Padre salvarse de la Cruz; por encima de la angustia mortal está la entrega a la voluntad del Padre, que no es Dios de muertos, sino de vivos (*Mt. 22, 32*); El envió a su Hijo a esta muerte creadora, para que por El se revelara la gloria de Dios, su amor, santidad y justicia y el mundo se salvara. Cristo habló así a sus discípulos y a los paganos que por su mediación se dirigieron a El: "Es llegada la hora en que el Hijo del Hombre será glorificado. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto. El que ama a su alma, la pierde; pero el que aborrece su alma en este mundo, la guardará para la vida eterna.

Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor; si alguno me sirve, mi Padre le honrará. Ahora mi alma se siente turbada. ¿Y qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? ¡Mas para esto he venido yo a esta hora! Padre, glorifica tu nombre. Llegó entonces una voz del cielo: "Le glorifiqué y le glorificaré." La muchedumbre que allí estaba y oyó, decía que había tronado; otros decían: Le habló un ángel. Jesús respondió y dijo: No por mí se ha dejado oír esta voz, sino por vosotros. Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera, y yo, si fuera levantado de la tierra, atraeré todos a mí" (Jo. 12, 23-32). Realmente por el dolor el autor de la salud llevó a perfección todas las cosas (Hebr. 2, 10).

El reino de Dios revela y realiza su fuerza con máxima intensidad en la transformación de la vida humana destructible e imperecedera a través de la muerte. En Cristo se realizó por primera vez esa nueva forma de existencia, pero El no recibió la gloria para sí sólo, sino para toda la creación; a El le fué concedida como a Primogénito (Rom. 8, 29; Col. 1, 15. 18; Apoc. 1, 5; I Cor, 15, 12-13) y después le seguirá toda la creación; esa forma de vida que Cristo alcanzó al resucitar obra ahora sobre toda la creación y en ella hay en cierto modo fuerzas de resurrección.

b) Esto mismo se expresa en la *Liturgia*, inspirada en la Escritura; el Evangelio de la Transfiguración se lee en la Cuaresma (segundo domingo), y en el tercer domingo se canta la alegría que brota de la victoriosa seguridad en Dios frente a toda miseria y necesidad (cfr. J. Pinsk, *Das Pascha des Herrn. Quadragesima und Pentecostes*, en "Liturgisches Leben", 1934, 63-67).

5. *Ahora mencionaremos a cada uno de los enemigos a que Cristo dió muerte con su muerte de cruz.*

### *Victoria sobre el demonio.*

a) En primer lugar se despojó al demonio de su poder de una vez para siempre (Jo. 16, 11; 12, 31). Satán quiso someter a Cristo como a los demás hombres y le tentó en el desierto y terminó logrando que Poncio Pilatos le condenara a muerte. Detrás de toda repulsa y aversión a Cristo estuvo Satanás como fuerza personal de la maldad y del odio. Pero pronto supo que Cristo no era como

los demás; pudo empujarle hasta la muerte al infundir en el corazón de aquellos hombres que eran voluntarios instrumentos suyos el odio y el deseo de muerte; triunfó así aparentemente, pero no consiguió adueñarse de El en la muerte (*Io. 14, 30*); su poder se agotó y quedó paralizado para siempre. Precisamente la destrucción a la que entregó a su más peligroso enemigo fué su propio destronamiento (*Col. 2, 14*). Es cierto que no fué aniquilado, sino sólo abatido y menguado; como ejército derrotado puede causar aún muchas desgracias. Pero ya no tiene posibilidad de vencer al fin y dominar el mundo. Irremediablemente camina hacia la ruina total; desde su rendición incondicional, que fué inevitable, la realza de Dios se revela de tal manera, que ni podrá parecer que Satanás es peligroso. La victoria sobre el demonio, aunque ya ahora es real, es un acontecimiento futuro. Frecuentemente dicen los Padres que el demonio fué engañado. En realidad, este engaño no consiste en otra cosa que en la implantación de la verdad de Dios, a la que ni el mismo demonio puede sustraerse, aun habiendo conocido y entendido la marcha de los acontecimientos. Los Padres describen la lucha entre Cristo y Satanás con expresiones provenientes a veces de las mitologías paganas, en las que se describe la eterna lucha de la luz y las tinieblas. Pero la lucha es completamente distinta en ambos casos: en el uno luchan los dioses entre sí y uno vence sometiendo al otro; pero en cuanto el vencido se recupera, la lucha empieza de nuevo. Cristo, en cambio, vence al diablo de una vez para siempre. Tampoco se enfrentan dos poderes iguales: la omnipotencia de Cristo se enfrenta con los poderes del infierno.

### *Victoria sobre la muerte y el dolor.*

b) También el poder de la muerte está destruido. Juntos van a la derrota la muerte y el demonio. Por el pecado entró la muerte en el mundo (*Rom. 5, 12*) y es su fruto. Satanás fué quien indujo al hombre a sacudirse orgullosamente el dominio de Dios y él fué, por eso, quien trajo la muerte al mundo. La muerte es uno de los modos con que el demonio ejerce su poder sobre el hombre, ya que la muerte es una atadura de la existencia. Cristo destruyó la muerte (*II Tim. 1, 10*), que amenaza incesantemente al hombre entregándole a la incertidumbre y a la angustia (*Hebr. 2, 15; Rom. 8, 5*). Cristo venció a la muerte primero en algunos casos concretos al resucitar muertos, lo mismo que al expulsar demonios venció

una y otra vez a Satanás. Con su muerte venció la muerte de todos (*Hebr.* 2, 14), trayendo para todos la vida indestructible (*II Tim.* 1, 10). Porque no era merecedor de ella, la muerte no pudo adueñarse de El, como de los demás (*Apoc.* 1, 18). Por eso volvió a la vida y tiene las llaves de la muerte. Con su Resurrección acabó para siempre con el poder de la muerte, la cual fué para El tránsito hacia una vida nueva, y porque es cabeza de la creación, su muerte se convirtió para todos en punto desde donde pueden pasar desde esta vida perecedera a la vida indestructible. Las sepulturas que se abrieron en el momento de morir Cristo, los muertos que resucitaron y se aparecieron a muchos, el eclipse de sol, el temblor de tierra, el estrépito de las rocas al hundirse son señales de su victoria sobre la muerte (*Mt.* 27, 51-53). Su muerte está iluminada por la gloria de la Resurrección, en la que ya empieza una nueva era. Cristo mismo la llama tiempo del reino de Dios (*Mt.* 26, 29; 14, 25; *Lc.* 22, 16)

“Porque no muere por debilidad, sino en la plenitud de la vida. Esta se manifiesta también en la última noche, en el huerto de los Olivos (*Lc.* XII, 39-46). Ciérnese sobre El el carácter horrible de su muerte. Es presa de una angustia mortal, pero se somete a la voluntad del Padre. La muerte no actúa en El desde el interior mismo, como consecuencia de una destrucción vital. Al nacer, no se sintió herido, como cada uno de nosotros, por la herida secreta, cuya última consecuencia es la muerte real. Jesucristo es esencialmente vivo; la muerte le llega por la voluntad del Padre, y El la acepta con su propia voluntad, por lo cual se la asimila mucho más profundamente que cualquier hombre. Nosotros la padecemos, sometidos por la violencia; en cambio, El la acepta con el amor más profundo e íntimo. Morir es por esto muy difícil para El. Se ha dicho que la muerte de muchos ha sido más horrible que la suya, pero esto no es cierto. Nadie murió ni ha muerto como El. La muerte es mucho más terrible cuando pone fin a una vida muy intensa, pura, delicada. La nuestra está siempre orientada hacia la muerte. En realidad, ignoramos lo que es la vida propiamente dicha. Pero El era tan plena y únicamente viviente, que pudo decir: “Yo soy la vida.” He aquí por qué apuró el cáliz de la muerte y por esto mismo la venció y superó.

Después de Cristo, la muerte presenta otro aspecto. El mismo nos ha dicho, sin embargo, que creer es participar de este misterio: “Quien cree en mí vivirá, aunque muera.” El que cree está encuadrado en la verdadera vida, en la vida “eterna” (R. Guardini,

*El Señor*, vol. I, 238-39). (Cfr. el artículo de Bultmann en *Kit-tels Woerterbuch zum Neuen Testament* III, 13-21, palabra "Thanatos".)

c) El desposeer a la muerte de su poder supone hacer lo mismo con el dolor, precursor de ella. En cuanto Cristo empezó a predicar el Evangelio del reino de Dios, comenzó a expulsar demonios, resucitar muertos y curar a los enfermos. La vinculación entre esas tres realidades aparece claramente en el Evangelio de San Marcos. El dolor entró en la historia humana por el mismo camino que la muerte; por el camino de la rebelión contra Dios, que condujo a la esclavitud bajo el poder de Satanás. En la lejanía de Dios, de la luz, de la alegría, de la vida, sólo puede haber tinieblas, dolor y muerte (*Apoc.* 18, 21-24). Al vencer el poder del demonio se vence también el del dolor traído por él. Cristo instaaura un tiempo nuevo en el que ya no gobiernan más estas fuerzas esclavizadoras del hombre. Ante Dios sólo reina la alegría, la vida, la luz.

d) La victoria sobre la muerte y el dolor no significa que desaparezcan del mundo; significa que la muerte y el dolor están al servicio de la *transformación* para una vida nueva e imperecedera. Para el que se une a Cristo por la fe y los sacramentos, la muerte ya no es un poder aniquilador, sino sólo una fuerza creadora. Sin duda que hay que pasar por todas las experiencias del dolor y la muerte. Según la doctrina de los Padres griegos, la naturaleza humana de Cristo se hizo partícipe de la vida inmortal mediante la muerte. La Redención se halla perfectamente realizada en Cristo resucitado. Los hombres la alcanzan mediante la comunidad de vida con Cristo; el hombre llega con Cristo a la gloria por haber antes realizado su vida en Cristo pasando por su muerte. El castigo impuesto por Dios, tal como lo describe el tercer capítulo del *Génesis*, es aplicable a todos. Pero quien muere con Cristo, participará de su vida. Por el bautismo caminamos con Cristo a la muerte y le seguiremos mediante otros sacramentos en su dolor y muerte corporal. Por la fe y los sacramentos el hombre se incorpora a Cristo; participa de su muerte y de su gloria. La participación en la muerte de Cristo se hace visible y real en el dolor y enfermedad, hasta llegar a su máxima expresión en la muerte corporal. Todo dolor tiene el mismo sentido que la muerte de Cristo: es el modo con que Dios domina al hombre y se muestra Señor de la vida; el hombre, si comprende bien el dolor, se deja atar y reconoce el se-

ñorío de Dios. Por el dolor y la muerte se establece así el reino de Dios. A la vez el dolor significa siempre un paso más desde esta forma de vida perecedera hacia la vida gloriosa de Cristo; la muerte es el paso definitivo en ese sentido. Tanto el dolor como la muerte conservan su fuerza dolorosa y siguen siendo enemigos (*I Cor.* 15, 26), pero ya no son enemigos victoriosos y despóticos; ofrecen más bien, al que cree en Cristo, una ocasión para la victoria definitiva (cfr. *Tratado de los Novísimos*).

e) No se nos ha revelado por qué el Padre no ahorró a los que por la fe participan en la vida de su Hijo el camino hacia Él a través de la fuerza transformadora, dolorosa y creadora del dolor y de la muerte. Lo que podemos barruntar sobre eso ya se dijo en los volúmenes I y II. La revelación definitiva y visible de la victoria sobre la muerte ocurrirá en la segunda venida de Cristo. Hasta entonces hay que llenar la medida de dolor determinada por Dios para su Iglesia. El dolor de los miembros de Cristo dura todavía (*Col.* 1, 24): “De mil maneras somos atribulados, pero no abatidos; en perplejidades, pero no desconcertados; perseguidos, pero no abandonados; abatidos, no nos anonadamos” (*II Cor.* 4, 8-9). Los miembros de Cristo cargan sobre su cuerpo la muerte de Jesús en todo momento para que también en ellos se revele la vida de Jesús. Por amor a Cristo se entregan en vida a la muerte para que la vida de Cristo se revele en la carne mortal (cfr. *Tratados de la Gracia y de los Novísimos*).

### *Victoria sobre el pecado.*

f) En estrecha relación con la victoria sobre el demonio y la muerte está la destrucción del pecado y liberación de su poder. El pecado es una fuerza que domina al hombre (*Rom.* 5, 21; 6, 12, 14). Quien lo comete es esclavo suyo (*Rom.* 6, 16, 20; *Jo.* 8, 34) y está bajo su dominio (*Rom.* 3, 19); obrará según la ley (*Gal.* 3, 21) y estará vendido a él (*Rom.* 7, 14). Cristo es su vencedor. Su amor en el que actúa el amor del Padre ha suprimido la lejanía entre Dios y el hombre; con su humildad y obediencia se ha quebrantado por la raíz el orgullo del hombre. Dios dejó que su Hijo se encarnara para que pudiera enfrentarse con el pecado en su mismo campo de poder. “La carne de Cristo pudo representar la de toda la humanidad y Dios pronunció en la muerte carnal de su

Hijo la condenación de toda carne humana. Según derecho divino, mediante la muerte de Cristo se libró del pecado a toda carne humana" (P. Feine, *Theologie des Neuen Testaments*, 1910, 393). "No hay, pues, ya condenación alguna para los que son de Cristo Jesús, porque la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me libró de la ley del pecado y de la muerte. Pues lo que a la Ley era imposible, por ser débil a causa de la carne, Dios, enviando a su propio Hijo en carne semejante a la del pecado y por el pecado, condenó al pecado en la carne" (*Rom.* 8, 1-3). Este es el cambio y la transformación introducidos por Cristo: "Mas ahora, sin la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los Profetas; la justicia de Dios por la fe en Jesucristo para todos los que creen, sin distinción; pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios. Y ahora son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Cristo Jesús, a quien ha puesto Dios como sacrificio de propiciación, mediante la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, por la tolerancia de los pecados pasados, en la paciencia de Dios para manifestar su justicia en el tiempo presente y para probar que es justo y que justifica a todo el que cree en Jesús" (*Rom.* 3, 21-26). Así como por el pecado de un solo hombre se condenaron todos, así "también por la justicia de uno solo llega a todos la justificación de la vida. Pues como por la desobediencia de uno muchos fueron hechos pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán hechos justos. Se introdujo la Ley para que abundase el pecado; pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia, para que, como reinó el pecado por la muerte, así también reine la gracia por la justicia para la vida eterna, por Jesucristo nuestro Señor" (*Rom.* 5, 18-21). De una vez para siempre murió por los pecados el Justo de los justos, para elevarnos a Dios (*I Pet.* 3, 18). "El, en quien no hubo pecado y en cuya boca no se halló engaño, ultrajado, no replicaba con injurias y, atormentado, no amenazaba, sino que lo remitía al que juzga con justicia. Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que, muertos al pecado, viviéramos para la justicia, y por sus heridas hemos sido curados" (*I Pet.* 2, 22-24). Nuestro hombre viejo murió con Cristo en la Cruz para que no seamos ya más esclavos del pecado (*Rom.* 6, 6). Porque así como la muerte no tiene ya poder alguno sobre Cristo, también con su muerte fué vencido el pecado (*Rom.* 6, 10); por lo que ya no hay muerte ni pecado para quien está con Cristo (*Rom.* 6, 9. 11); nacido de Dios, ya no puede pecar; ni el pecado ni el odio dominan en él;

sólo el amor (*I Io.* 3, 6-9). Y así el Evangelio de la Cruz es el Evangelio de la victoria, del poder y de la sabiduría de Dios (*I Cor.* 1, 18-19).

Claro está que aunque el cristiano haya sido librado del demonio del pecado y a pesar de que sea gobernado por Dios, verdad y caridad, sigue estando amenazado y en riesgo; le atacan las viejas fuerzas que no están muertas del todo, sino sólo heridas de muerte. Se encuentra en ininterrumpida lucha y muchas veces es vencido. Pero el hombre puede superar esa lucha si vive en Cristo crucificado por medio de la fe y la entrega a El. Su vida transcurre, por tanto, en una tensión continua; le ha sido dada la buena nueva de que el pecado ha sido vencido; se conmueve ante la llamada a no pecar más y así vive hasta que llegue la hora en que todo sea sometido al Padre en el cielo. Entonces la gloria de los hijos de Dios no podrá ser atacada por el mal (*Rom.* 8, 18). El futuro no expulsará del todo el pecado de la sociedad humana. Siempre habrá contradicción a Cristo. Para el que no cree en El, su muerte es juicio y condenación (*Io.* 12, 31; 16, 11).

### *Victoria sobre la Ley*

g) Según el testimonio de San Pablo, la superación del pecado está en estrecha relación con la de la Ley. Bajo el nombre de ley entiende San Pablo el conjunto de preceptos legales del AT: todo lo comprendido en la ley del AT. Esta ley era santa, justa y buena (*Rom.* 7, 12); fué dada para la vida, que consiste en caridad y vivir para los otros (*Rom.* 7, 10; 10, 5; 13, 9; *Gal.* 3, 12; 5, 14). Pero fué ocasión de pecado de dos maneras: el poder del pecado se sirvió de la ley para despertar en el hombre los deseos contrarios a Dios. En la ley se avivó el afán humano de independencia frente a las exigencias de Dios (*Rom.* 7, 8), lo cual es el principio de todo pecado, comenzando por el desprecio de Dios (*Rom.* 1, 21) hasta llegar a las perversiones sexuales y a las irrupciones de odio que destruyen toda comunidad (*Rom.* 1, 24-31).

Fué necesario para el hombre bajo la ley, para que se le despertara la conciencia y conociera su enfermedad de muerte. La ley induce al pecado, porque el hombre conoce lo que se oculta tras ella (*Rom.* 7, 7-13). Pone así al hombre bajo el poder del pecado y la maldición al enseñarle lo que debe hacer y hacerle ver su incapacidad para cumplir sus exigencias (*Gal.* 3, 10). Es verdad que



la ley fué dada para que fuera cumplida y contiene las exigencias de Dios. El que la cumple será salvo (*Rom.* 2, 7-13). Pero nadie la cumple perfectamente, y esto hizo que la situación del hombre fuera desoladora antes de la venida de Cristo (*Gal.* 3, 10; *Rom.* 3, 9). Los hombres no lograron la justificación bajo la ley, porque fueron sus transgresores y culpables, por tanto, delante de Dios (*Rom.* 8, 2; *II Cor.* 3, 6-9).

Pero aunque uno cumpliera la ley, no se libraría de la maldición. Justamente por cumplirla padecería la tentación de creer que tal cumplimiento era obra suya y se presentaría con exigencias ante Dios, creyendo ser obediente y honrado cuando en realidad cumple la ley por soberbia y amor propio. La ley se le convierte así en ocasión para librarse del dominio de Dios, para vivir en libertad e independencia frente a Dios, y creyendo que debe el cumplimiento de la ley a su esfuerzo y no a la gracia, buscará su gloria en vez de buscar la de Dios (*Gal.* 2, 15-21; 5, 4; *Rom.* 4, 4-5; 16; 6, 14). Cae así en la más dura opresión de su egoísmo y amor propio y cada día será más exigente y su vida será penosa y desdichada (*Rom.* 6, 20; *Io.* 8, 34). Actualmente la ley hace que el hombre sea pecador, sea porque la transgrede impulsado por sus inclinaciones pecaminosas, sea por la vanagloria y orgullo en que se esconde su cumplimiento. San Pablo dice en la *Epístola a los Romanos*: "Pero yo no conocí el pecado sino por la ley. Pues yo no conocería la codicia si la ley no dijera: "No codiciarás." Mas, con ocasión del precepto, obró en mí el pecado toda concupiscencia, porque sin la ley el pecado está muerto. Y yo viví algún tiempo sin ley, pero sobreviniendo el precepto, revivió el pecado y yo quedé muerto, y hallé que el precepto, que era para vida, fué para muerte. Pues el pecado, con ocasión del precepto, me sedujo y por él me mató" (*Rom.* 7, 7-11). Lo que aparece como poderío del pecado, no es más que la intención divina: "Se introdujo la ley para que abundase el pecado; pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (*Rom.* 5, 20). La ley llevó al hombre, que quiso hacer y configurar su vida sin Dios, al pecado, para que con ello se estableciera de nuevo relación con Dios. Así lo dice San Pablo en la *Epístola a los Romanos*: "Pues a Abraham y a su posteridad no le vino por la ley la promesa del que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe. Pues si los hijos de la ley son los herederos, quedó anulada la fe y abrogada la promesa; porque la ley trae consigo la ira, ya que donde no hay ley no hay transgresión. Por consiguiente, la promesa viene de la fe, para que en

virtud de la gracia sea firme la promesa hecha a toda la descendencia no sólo a los hijos de la ley, sino a los hijos de la fe de Abraham, padre de nosotros" (*Rom.* 4, 13-16). Y en la *Epístola a los Gálatas* añade: "¿Luego la ley está contra las promesas de Dios? Nada de eso. Si hubiera sido dada una ley capaz de vivificar, realmente, la justicia vendría de la ley; pero la Escritura lo encerró todo bajo el pecado, para que la promesa fuese dada a los creyentes por la fe en Jesucristo. Y así, antes de venir la fe, estábamos encarcelados bajo la ley, en espera de la fe que había de revelarse. De suerte que la ley fué nuestro ayo para llevarnos a Cristo, para que fuéramos justificados por la fe. Pero, llegada la fe, ya no estamos bajo el ayo" (*Gál.* 3, 21-25). ¿Cómo puede traer la salvación? Suena a canto jubilante el nombre de Cristo pronunciado por San Pablo inmediatamente después de describir la maldición que la ley ha traído al hombre. Cristo es quien nos libera de la maldición de la ley al hacerse El mismo maldición. Hasta agotó la ley que dió origen al pecado, al llevarla consigo a la Cruz (*Gál.* 3, 13). Al morir Cristo vence a ese duro enemigo. (*Gál.* 3, 23-25; 4, 29-31). En su muerte se separa de la ley y desde entonces los que creen en El están libres de la ley. Pero no es una situación fuera de la ley, sino que ha sido roto el vínculo que une a la ley por la vinculación a Cristo. El que está libre de la ley está sometido a la de Cristo: la ley de Cristo es El mismo. *Las eternas exigencias de Dios siguen en pie.* Su voz se deja oír ahora en Cristo. Lo que ahora se exige no es el cumplimiento de los preceptos, sino el amor y la entrega a Dios. La moral extrínseca y ritual es sustituida por la moral personal.

El cristiano no está bajo la ley (*Rom.* 6, 14; *Gal.* 5, 18), pero eso no significa que la ley no tenga validez. Han sido suprimidos los preceptos rituales del AT, pero las normas morales contenidas en la ley viejotestamentaria, que manifiestan la voluntad del Padre, siguen teniendo validez tanto como las formas en que ha de realizarse la caridad exigida por Cristo (*Rom.* 13, 8-10; *Gal.* 5, 14).

Las exigencias formuladas por Dios en las normas morales del AT no afectan ya al cristiano como letra muerta, sino como apremiante llamada del Padre que está en el cielo a través de Cristo. El cristiano está libre de la ley en lo que tiene de letra muerta, pero no en cuanto sea viva obligación impuesta por Dios, que manda vivir como hijos del Padre celestial. Jamás suprimió Cristo en sus preceptos morales la ley del AT; más bien la interpreta como forma del amor (agape) que mueve a los creyentes, y a la vez la

desarrolla hasta la plenitud que corresponde al nuevo amor creador y vivificante (*Sermón de la Montaña*). La "libertad" de la ley es, pues, un estado muy peculiar: "¿O ignoráis, hermanos—hablo a los que saben de leyes—, que la ley domina al hombre todo el tiempo que éste vive? Por tanto, la mujer casada está ligada al marido mientras éste vive; pero muerto el marido, queda desligada de la ley del marido. Por consiguiente, viviendo el marido será tenida por adúltera si se uniere a otro marido; pero si el marido muere, queda libre de la ley y no será adúltera si se une a otro marido. Así que, hermanos míos, vosotros habéis muerto también a la ley por el cuerpo de Cristo para ser otro que resucitó de entre los muertos, a fin de que deis frutos para Dios. Pues cuando estábamos en la carne, las pasiones de los pecados, vigorizadas por la Ley, obraban en nuestros miembros y daban frutos de muerte; mas ahora, desligados de la Ley, estamos muertos a lo que nos sujetaba, de manera que sirvamos en espíritu nuevo, no en la letra vieja" (*Rom. 7, 1-6*). Donde estaba antes la ley muerta con sus preceptos, está ahora Cristo, que es fuerza de vida personal y espiritual, realidad que San Pablo sintió y vivió a las puertas de Damasco y que sigue siempre viviendo. Cristo nos hizo libres y nos llamó a la libertad (*Gal. 5, 1*), pero no al libertinaje (*Gal. 5, 13*). El Señor mismo, que está en el cielo, es la norma de nuestra conducta y se ha convertido en fuerza que nos domina y transforma; El es el comienzo personal de todo acontecer del yo libre; sólo hace falta incorporarse en el movimiento vital que Cristo desarrolla, toda acción surge así de la unión y comunidad del creyente con Cristo. Esto no es la respuesta a un precepto exterior, sino expresión de un poder espiritual que obra en el mismo yo: ese poder es Cristo. La libertad no se logra afirmando el "yo" frente a los preceptos divinos, sino entregándose a Cristo, amor del Padre aparecido en la historia humana; se logra con la fe viva configurada por la caridad. La libertad prometida al cristiano se actualiza al cumplir la ley de Cristo, en la consumación del amor (*Gal. 6, 2*). Objetivamente, consiste esa libertad del cristiano en que no está atado a una serie de preceptos, sino que en su actividad el amor le lleva a aquel Tú, a quien está destinado por su naturaleza misma. Subjetivamente, el cristiano siente su libertad como un poder hacer lo que su corazón transformado desea, es decir, amar; para él, los preceptos no son más que indicaciones que le obligan a realizar este amor en las situaciones humanas concretas. Esta es la ley de la libertad (*Sant. 1, 25*). La libertad del cristiano no es

autónoma, sino teónoma. Pero al aceptar libremente el amor de Dios y dejarse transformar por él, la teonomía se convierte en autonomía, determinada por Dios a través de Cristo (cfr. el artículo "Eleutheros", de Schlier, en: *Kittels Woerterbuch zum Neuen Testament II*, 492/500, así como R. Bultmann, *Theologie des Neuen Testaments*, Tübingen, 1948, 112-20, 255-66).

### *Superación de la caducidad*

b) La victoria sobre el demonio, la muerte y el pecado incluye también la superación *de todas las formas caducas de la creación*. La Escritura llama a esto victoria sobre el mundo. Esta palabra designa conceptos distintos: la creación visible de Dios, la morada y campo de acción de los hombres, el mundo del hombre caído en el pecado y la vanidad del mundo provocada por el pecado humano. Es el mundo, en las dos últimas significaciones apuntadas, el que fué superado por Cristo (*Io. 16, 33*). El que cree en El vence el mundo pecador (*1 Io. 5, 4-5*) y está muerto al mundo con Cristo, porque está muerto al pecado (*Rom. 6, 11*); así, se sustrae a su caducidad.

Esto es consecuencia del dominio de Dios, realizado también sobre la naturaleza. Como la rebeldía, también la sumisión fué decisiva para la naturaleza; el Universo tiene parte en la historia humana, porque la estimula continuamente. El reino de Dios implica la liberación de la esclavitud del poder de los elementos naturales. Por el pecado quedó maldecido el mundo, que fué confiado al hombre para su cultivo. Así se explica su enemistad con el hombre; participaba de su destino mortal y eso acentuaba su propia caducidad, que es el carácter más saliente de la naturaleza. Por todas partes lleva asediante el signo de la muerte; no puede conceder al hombre la inmortalidad ni satisfacer sus últimos deseos; es vana la esperanza de un paraíso terrestre. La naturaleza se convirtió, por el contrario, en ejecutora del dolor y de la muerte del hombre; está llena de horror y crueldad, de astucia y mentira. Sobre el hombre arroja el fuego y el agua para destruirle y sigue indiferente cuando miles y millones de hombres perecen bajo su realidad destructora. En las leyendas de los espíritus de bosques y aires se revela la oscura conciencia de esa enemistad de la naturaleza. También lo testifican claramente el *Génesis* y San Pablo (*Gen. 3, 14-19*; *Rom. 8, 18-23*). Pero esa enemistad no durará

siempre y la misma naturaleza suspira porque acabe; ese anhelo que la invade como un gemido es un grito de esperanza: es el gemido de la parturienta. La naturaleza yace en dolores (*Rom.* 8, 12) y suspira por transformarse en una vida nueva e indestructible. El estado actual de la naturaleza tuvo origen en el pecado y podía ya suponerse, que al ser restablecido el reino de Dios, la naturaleza también renacía en un orden nuevo; y así, es de hecho. Como la naturaleza se destruye y corrompe bajo el poder del demonio (*Mc.* 5, 12), así fué libertada de la esclavitud de la caducidad gracias al imperio de Dios. La transformación será tal que la presencia de Dios se revelará en todas partes. De forma visible y palpable será transformada por la gloria de Dios.

El tiempo de esa transformación fué instaurado con el reino de Dios traído por Cristo. Los milagros hechos por Cristo sobre la naturaleza demuestran que han llegado *un cielo nuevo y una tierra nueva*; el apaciguamiento de la tempestad (*Mt.* 8, 23-27; *Mc.* 4, 38-41; *Lc.* 8, 23-35) no es sólo una momentánea ayuda en la necesidad ni sólo una simple confirmación de la divinidad de Cristo, sino también la revelación del orden nuevo en el que la naturaleza ya no es enemiga del hombre, sino amiga y servidora suya. También el andar sobre las aguas de Cristo es señal del orden nuevo (*Mt.* 14, 22-36; *Mc.* 6, 45-52; *Io.* 6, 15-21). Estos hechos están, de suyo, referidos al futuro; entonces, cuando llegue la hora, ocurrirá la total transformación del mundo; los milagros citados y otros no son más que prefiguraciones del orden venidero. El milagro de la multiplicación de los panes tiene también, junto a otras significaciones, ese mismo sentido revelador (*Mt.* 15, 32-39; *Mc.* 4, 34-44; 8, 1-9; *Io.* 6, 5-15). El dominio de Dios influye sobre la naturaleza de manera que deja de ser resistencia y carencia, para convertirse en abundancia y plenitud. Después del banquete que Cristo dió a sus oyentes, sobraron muchas espuertas de pan; esto no es más que una alusión a que la naturaleza, una vez transformada por dominio de Dios, concederá al hombre plenitud y seguridad de vida.

### *La victoria de Cristo como liberación del hombre.*

6. La muerte de Cristo libró al hombre de la esclavitud del pecado y del dolor, de la muerte y del demonio. Por la sangre de Jesús hemos sido todos redimidos y todos hemos recibido el per-

dón de los pecados (*Eph.* 1, 7). Hay que alabar por ello a Dios. Padre de Nuestro Señor Jesucristo (*Eph.* 1, 3; *Col.* 1, 14). Esta es la gloria de los que creen en Cristo; su cruz parece al mundo debilidad y ruina, ignominia y destrucción, pero es signo de victoria: “Antes eligió Dios la necedad del mundo para confundir a los sabios y eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; y lo plebeyo, el desecho del mundo, lo que no es nada, lo eligió Dios para destruir lo que es, para que nadie pueda gloriarse ante Dios. Por El sois en Cristo Jesús, que ha venido a seros, de parte de Dios, sabiduría, justicia, significación y redención (*I Cor.* 1, 27-30). Cara ha sido comprada la libertad (*I Cor.* 6, 20; 7, 23); el precio era superior a lo que podía pagar la tierra: “Considerando que habéis sido rescatados de vuestro vano vivir según la tradición de vuestros padres, no con plata y oro, corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha, ya conocido antes de la creación del mundo y manifestado al fin de los tiempos por amor vuestro, los que por El creéis en Dios, que le resucitó de entre los muertos y le dió la gloria” (*I Pet.* 1, 18-21).

### *La victoria de Cristo como reconciliación.*

7. La destrucción del pecado significa reconciliación con Dios; el hombre ha sido de nuevo llamado a la intimidad con Dios y la antigua enemistad ha terminado. Por la muerte de Cristo tiene el hombre acceso a Dios (*I Pet.* 3, 18). El creyente confía que no estará ya más bajo la ira de Dios; pues si Dios se reconcilió con nosotros por la muerte de su Hijo, cuando éramos todavía sus enemigos ¿qué no podemos esperar de su amor ahora que hemos alcanzado ya la reconciliación en Nuestro Señor Jesucristo? (*Rom.* 5, 8-11; *II Cor.* 5, 18-20; *Col.* 1, 20). Ningún poder de la tierra podrá hacer vacilar nuestra esperanza (*Rom.* 8, 32). Cristo nos trajo la paz con Dios; esa paz es una situación de plenitud definitiva, de gracia y salvación (*Rom.* 5, 1; *Col.* 1, 22; *Eph.* 2, 15; *Lc.* 1, 79; 2, 14). Este evangelio de la paz y de la salvación es predicado por San Pablo en innumerables ocasiones (por ejemplo, en *Eph.* 6, 15); esa paz que él siempre desea a sus lectores (*Hebr.* 13, 20; *I Cor.* 1, 3; *Eph.* 6, 23; *Gal.* 6, 16; *Rom.* 16, 20) y que puede subsistir en medio de las mayores tribulaciones y luchas (*Lc.* 12, 49-52; *Mt.* 10, 34-36) y que puede exigirse por amor a la paz con Dios.

*La nueva creación.*

8. Con la muerte de Cristo, lo antiguo llega a su fin y adviene una nueva creación (*Gal.* 6, 15), que es más admirable que la primera. Cristo es su primogénito (*Rom.* 8, 29) y su comienzo (*Io.* 8, 25); se caracteriza por la santidad y justicia, por la luz y la vida (*Rom.* 8, 28-30; 15, 16; *Io.* 12, 35-36; 14, 6; 12, 25). Los corintios están santificados por Cristo Jesús (*I Cor.* 6, 11); por Cristo recibe el hombre su filiación. "Mas al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley para redimir a los que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción" (*Gal.* 4, 4-5). El que se convierte a la fe de Cristo es recibido por el Padre en condición de hijo y gozará los derechos de tal filiación y de la herencia en el día de la nueva venida de Cristo. Pero ya posee una prenda que le da seguridad para el futuro: el Espíritu. A sus hijos y sólo a ellos da Dios su Espíritu, el Espíritu de su Hijo. Se puede sentir íntimamente su presencia. Por la boca de los creyentes clama: ¡Padre! El lenguaje diario de los hijos se convirtió por la muerte de Cristo en instrumento y recipiente de la fe. A la muerte expiatoria de Cristo debe el cristiano el poder tener continuamente en sus labios la palabra "Padre" (*Gal.* 4, 6-7). (Cfr. *Gal.* 2, 20; *Eph.* 2, 18; *Rom.* 5, 5.) Quien cree en Cristo es incorporado a su relación de Hijo de Dios; está en comunión vital con El y participa de su vida; o como dice San Pablo, existe "en Cristo" y Cristo existe "en él", es decir, el redimido vive en comunión con Cristo y bajo su influencia y poder determinante.

Esto demuestra que el reino de Dios establecido por Cristo no significa para el hombre opresión o esclavitud de las fuerzas extrañas; es, además, participación de la gloria de Dios.

Esto se hace especialmente evidente en la instauración de una alianza nueva con la humanidad. La era del reino de Dios es el tiempo de la Nueva Alianza, profetizada y prefigurada por la Antigua y fundada por Cristo; esa Nueva Alianza supera a la Antigua en fuerza e intimidad (*Ier.* 31, 31-32) y se hizo al morir Cristo en la cruz. La Antigua Alianza fué decretada y sellada con un sacrificio; después de promulgar la ley de la Alianza en el Monte Sinaí, Moisés construyó un altar al pie del monte; varones jóvenes fueron encargados de ofrecer hostias, que fueron quemadas ante el Señor, y de matar terneros jóvenes para el sacrificio. Moisés tomó

la mitad de la sangre y la derramó sobre el altar; con la otra mitad roció al pueblo, diciendo: Esta es la sangre de la Alianza que el Señor ha concertado con vosotros a tenor de las palabras (contenidas en el libro de la *Alianza* y leídas al pueblo). Con la sangre del sacrificio fué sellado el pacto (*Ex.* 24, 1-11). También fué sellado con sangre el NT establecido por Cristo al ofrecerse en sacrificio en la cruz. La sangre con que fué sellada la Nueva Alianza es su sangre (*Mt.* 26, 26-29; *Mc.* 14, 22-25; *Lc.* 22, 15-20; *I Cor.* 11, 23-25).

La entrega de su vida se convierte así en la más alta forma de servicio, cuya figura toma siempre el dominio de Dios. Dios no perdonó ni a su propio Hijo, sino que le entregó a la muerte por todos, para que todos los que creen en El se salven y no perezcan (*Rom.* 8, 32; *Jo.* 3, 16). Cristo ofreció su sacrificio por muchos; para bien de muchos y en su lugar. La Salvación depende, por tanto, de la participación en el sacrificio de Cristo. Cuando el cristiano se incorpora al sacrificio de Cristo por la fe y los sacramentos, se hace miembro de la Alianza que Dios concertó con la humanidad por la sangre de Cristo. Por la incorporación a la Nueva Alianza y por entrar en el nuevo orden, el hombre se somete al dominio de Dios. Y Dios se apodera de él al permitir que por medio de los sacramentos se realice en él el mismo servicio que Cristo hizo al morir. Dios penetra en él y establece en él su dominio de forma que él mismo está lleno de la gloria de Dios (cfr. § 139; A. Vornier, *Der Sieg Christi*, 1937).

### *Doctrina de los Padres.*

9. En los escritos de los Padres irrumpe incesantemente la gratitud y la alegría por la victoria de Cristo. La redención por la sangre de Cristo era la realidad de que vivían y su esperanza en el amargo camino del martirio. Unos cuantos textos nos mostrarán la fe de los Padres en la Redención.

*San Ignacio de Antioquía* escribe a los de Filadelfia (cap. 8): "He oído decir a algunos: si algo no está en las Actas o en los Evangelios, no lo creo...; para mí son actas su Cruz, su Resurrección y la fe cimentada en El; en ella quiero ser justificado mediante vuestras oraciones." En el capítulo noveno, añade: "También fueron buenos los sacerdotes del AT, pero mejor es el Pontífice (Jesucristo), que ha conservado el tabernáculo y a quien han sido



revelados los misterios de Dios; El es el acceso al Padre; por El tienen entrada Abraham, Isaac, Jacob, los profetas, los apóstoles y la Iglesia. Todo esto contribuye a la unión con Dios. Pero el Evangelio tiene algo especial: la venida del Redentor, Nuestro Señor Jesucristo, su dolor y su Resurrección. Las profecías se refieren a El, pero el Evangelio es la plenitud de la inmortalidad.”

*San Irineo* dice (*Demostración del mensaje apostólico*, sec. 3, parte 1.<sup>a</sup>, n.º 31): “Apareció como hombre en la plenitud de los tiempos y como Verbo de Dios lo resumió todo en sí: cielo y tierra. Unió al hombre con Dios, restableciendo la comunidad entre Dios y el hombre; si El no hubiera venido a nosotros, no habiéramos sido capaces de participar en la inmortalidad. Si la inmortalidad hubiera quedado invisible y desconocida, no nos habría traído salvación alguna. Se hizo visible para que de algún modo tuviéramos parte en ella. La desobediencia de nuestro primer padre, Adán, nos puso a todos bajo el poder de la muerte. Era necesario y justo que los lazos de la muerte fueran rotos por la obediencia de Aquel que se hizo hombre por nosotros... El Verbo se hizo carne, para que el cuerpo por el que el pecado llegó a dominar fuera obligado a hacer de nosotros otra realidad. El Señor tomó el mismo cuerpo que Adán y luchó a favor de nuestros padres, venciendo a aquel que nos hirió por culpa de Adán.”

Cfr. *San Atanasio*, *De Incarnatione*, sec. 20, cit. en L. Winterswyl, *Athanasius*, 1937, 68-69.

*San León Magno*, *Sermón de la Pasión*, sermón 59, sec. 5-7, cit. en M. Th. Breme, *Leo der Grosse. Die Passion*, 1938, 50-53.

Pueden consultarse otros textos de Santos Padres en L. von Rudloff, *Das Zeugnis der Väter*, 117-212.